

MIMI MATTHEWS

El
VIZCONDE
y la HIJA del
VICARIO

Libros de
seda

Para Ash y Sapphie



CAPÍTULO 1

North Yorkshire (Inglaterra)

Otoño de 1861

Tristán Sinclair, vizconde de St. Ashton, caminaba por el bosque que rodeaba la hacienda, muy descuidada, de sus anfitriones, lord y lady Fairford. Su padre, el conde de Lynden, lo esperaba en la casa... para enfrentarse a él en su guarida temporal, sin duda alguna. ¿Por qué otro motivo iba a seguirle la pista hasta las afueras de Yorkshire y a buscarlo en una de las fiestas más célebres de la temporada?

—Su padre está aquí, milord —le había comunicado el mozo de cuabras en cuanto desmontó y le

lanzó las riendas—. Está tomando el té con lady Fairford y ha pedido que se le informe en cuanto usted llegue.

Tristán estaba cansado e irritable. Se había pasado el día entero a caballo. Sus sirvientes se habían marchado de la posada al amanecer con el carruaje y le habían dejado durmiendo la mona y recuperándose de los efectos de una noche de borrachera. Y ahora allí estaba, escondiéndose en el bosque como si fuera un niño de diez años en lugar de un hombre de treinta y dos.

Golpeó una rama baja con la fusta y le arrancó las hojas húmedas con un chasquido fuerte y satisfactorio.

—¡Maldita sea!

Y entonces lo oyó. El eco inconfundible del llanto de una mujer.

Tristán se detuvo a escuchar. Sí, en efecto, se trataba de una mujer. Habría reconocido aquel murmullo ahogado en cualquier parte. Lo había oído en muchas ocasiones a lo largo de su vida; bastante a menudo él había sido el causante. Y, aun así..., aquella mujer no lloraba como las amantes desconsoladas, las actrices iracundas o las herederas consentidas cuyas lágrimas él provocaba. A juzgar por su llanto, aquella mujer debía de tener el corazón hecho pedazos.

El sonido parecía proceder de un grupo de árboles que había un poco más allá. Recordaba que allí había una cabañita, un lugar popular para encuentros románticos, así como para los muchos y variados actos indecorosos que con frecuencia tenían lugar en las fiestas de lord y lady Fairford. Una vez conoció allí, bajo la luz de la luna, a una viuda de cabellos negros. Meg Nosequé..., ¿o era Mary? No estaba seguro. Había sido muchos años atrás, cuando aquel tipo de aventuras amorosas anónimas aún le despertaban algo de interés.

¿Podría ser eso lo que oía en aquel momento?, ¿una aventura que había terminado mal? No le pareció extraño que algún caballero llevase a su amante hasta ahí para terminar las cosas con ella. Algo así sin duda explicaría las lágrimas.

Haría mejor en no prestarle atención y continuar su camino. El llanto de una mujer cualquiera no era asunto suyo.

A menos que estuviese herida.

Tristán sentía ya bastante menos compasión hacia las mujeres que en su juventud. Las mamás obsesionadas con casar a sus hijas y las jovencitas decididas a contraer matrimonio con el heredero de uno de los condados más ricos del país lo habían

perseguido demasiadas temporadas. Durante años, había esquivado los trucos más astutos y las trampas más extravagantes, todo mientras se sentía cada vez más hastiado del sexo femenino. No obstante, aquel llanto tenía algo que lo incitó a seguir acercándose.

Pensó qué imagen daría. Tenía el abrigo y las calzas manchados del viaje; la corbata, mustia y deslucida; y las botas, de ordinario lustrosas hasta el punto de que era posible reflejarse en ellas, sucias y llenas de rasguños. ¡Por el amor de Dios, si debía de parecer un terrateniente descuidado! Además, por si la imagen no fuera ya lo bastante desagradable, era muy consciente de que apestaba a caballo, a sudor y a las consecuencias de una noche de auto-compasión ahogada en abundante licor. Sin embargo, nada de eso le había importado antes a ninguna mujer.

Tristán casi había llegado a un claro; por su estatura, tuvo que agacharse y ponerse de lado para salir de entre los árboles. Las hojas mojadas le rozaron el abrigo, el aroma a madera húmeda y hierba empapada permeaba el ambiente. Localizó con la mirada la cabaña del borde del claro, era tal y como la recordaba. Como tantas otras cosas en la hacienda de los Fairford, necesitaba con

urgencia una reparación. Se le había caído la mitad del tejado y los escalones de la entrada estaban rotos y llenos de astillas.

Dentro vio la silueta encorvada de una mujer con un vestido descolorido y mal ajustado. Un rayo de sol se coló entre las ramas de los árboles e hizo brillar algo que llevaba en el rostro..., unos anteojos.

Esbozó una mueca. No le hacía falta acercarse más para identificar a una de las damas de compañía, grises y con lentes, que seguían sumisas a lady Hortensia Brightwell. Cada año, lady Brightwell tenía una distinta. Y, sin embargo, de alguna manera, todas eran iguales: el cabello recogido hacia atrás en un moñito bien apretado, vestidos holgados y sin forma..., y siempre anteojos. Hacía tiempo que sospechaba que lady Brightwell escogía a sus damas de compañía por su falta de belleza y encanto.

Dudó tan solo un instante antes de avanzar hacia la cabaña. No tenía ningún interés en reconfortar a una solterona triste, pero, si la alternativa era regresar a la casa donde su padre le esperaba para soltarle un sermón, bien podía hacerlo. Además, ¿quién mejor que él para tal cometido? Si había algo de lo que el vizconde de St. Ashton entendía era de mujeres.

—Disculpe, señorita —saludó mientras ascendía los escalones destrozados.

Al oír esa voz profunda, la mujer se levantó de golpe. Se le cayó al suelo un trozo de papel arrugado que tenía en el regazo. Lo miró y después volvió a alzar la vista hacia Tristán. Por un instante, él pensó que saldría corriendo. Alzó la mano para detenerla.

—No se preocupe —dijo—. No voy a hacerle ningún daño. De hecho, pretendía ofrecerle mi ayuda.

La mujer lo observó a través de los anteojos, empañados por las lágrimas, y volvió a sentarse en el banco de madera con un suspiro ahogado mientras se cubría el rostro con las manos.

Una extraña punzada de compasión suavizó un momento la expresión de él. ¡Pobre adefesio! Parecía que acabara de descubrir que todo su mundo se había venido abajo. Quizá la habían despedido o tal vez alguno de los invitados menos respetables de lady Fairford había intentado robarle un beso.

Se movió con cuidado, como si estuviese acercándose a un animal salvaje, y cruzó la cabaña hasta situarse a su lado. No esperó a que lo invitara: ni estaban en un salón de Mayfair ni ella

era una jovencita de alcurnia. Se sentó en el banco, lo bastante cerca como para rozarle con osadía el vestido. Y entonces la miró. La miró de verdad.

Maldición, no era una mujer mayor, ni mucho menos. De hecho, parecía relativamente joven. El vestido, que le estaba grande, cubría lo que el ojo experto de Tristán identificó como una figura esbelta y bastante agraciada. Y el moño adusto de la nuca no lograba ocultar el esplendor luminoso del cabello dorado, claro y reluciente; varios mechones habían escapado de su prisión y le caían sobre el rostro y las manos, unas manos pequeñas y elegantes de dedos delicados y esbeltos.

—Vamos —la reconvino Tristán con voz ronca—, esto no puede ser. Se está empapando las manos. ¿No tiene un pañuelo? —Se sacó el suyo del bolsillo interior del abrigo y se lo ofreció—. Tome. Use el mío.

La mujer lo tomó con dedos temblorosos y se lo llevó de inmediato al rostro.

—Deme los anteojos —ordenó el hombre.

—¿L-los anteojos? —repitió ella.

Él alargó la mano.

—Se los limpiaré mientras usted se recompone.

La mujer respondió ante su tono perentorio con la obediencia automática que Tristán esperaba de quienes se hallaban en una posición inferior a la suya: se quitó las lentes y se las dejó sobre la mano extendida. Entonces, volvió a cubrirse el rostro con el pañuelo.

El hombre examinó los anteojos de montura metálica con algo de curiosidad. Estaban doblados y deformados, y no cabía duda de que eran demasiado grandes para el rostro de ella. Eran de segunda mano, dedujo, al igual que el resto de lo que llevaba puesto. Limpió los cristales húmedos con el borde de la manga. Cuando hubo terminado, los levantó para evaluar su obra entrecerrando los ojos al mirar. Estaban tan limpios como era posible, tanto que veía el bosque que los rodeaba. Se volvió para mirar a la mujer, había estrechado los ojos oscuros por la sospecha.

—O usted y yo sufrimos de la misma anomalía visual..., o estas lentes están hechas de cristal sin graduar.

—Oh, por favor, váyase, señor —le pidió entre sollozos.

El hombre plegó los anteojos y los lanzó sin ningún cuidado sobre el asiento, a su lado, fuera del alcance de la mujer.

—Asumo que se los ha dado lady Brightwell.

Aquello captó la atención de la joven. Bajó el pañuelo y miró a Tristán por encima del borde con el par de ojos grises más bellos que él jamás había tenido el privilegio de contemplar.

—¿Usted... usted conoce a lady Brightwell?
—preguntó en un susurro áspero y entrecortado por las lágrimas.

Y entonces, despacio, bajó hasta el regazo las manos, entre las que sujetaba el pañuelo.

Tristán la observó, se había quedado sin palabras. Decir que tenía un rostro hermoso no habría sido del todo preciso. Había visto a muchas mujeres hermosas a lo largo de su vida, auténticas diosas. Pero la mujer sentada frente a él no era ninguna diosa. De una manera un tanto absurda, pensó que se parecía más a un ángel.

Tenía el rostro de una forma semejante a la de un corazón y unos labios carnosos y suaves que le despertaban unas ganas inesperadas de besarla. La imagen la completaban unos pómulos que parecían esculpidos con delicadeza, una nariz recta y elegante, y unas cejas varios tonos más oscuras que el cabello y arqueadas con gracia. Y luego estaban los ojos, grandes e insondables, tan tempestuosos y agitados como la lluvia sobre un mar incierto.

Tristán tragó con fuerza.

—Sí, conozco a lady Brightwell —respondió, en un tono mucho más duro de lo que pretendía—. Y también reconozco a las que son como usted. Una dama de compañía, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y esto? —Señaló los anteojos—. ¿Venían junto a ese vestido impresentable y ese espantoso...?, no me atrevo ni a llamarlo peinado. —Frustró el ceño al observarlo—. Es una especie de uniforme, supongo. El uniforme de lady Brightwell para sus damas de compañía.

—Sí —admitió ella. Se llevó el pañuelo hacia el rostro y se sonó la nariz con energía.

Tristán nunca había visto a una dama ocuparse de un asunto de esa clase de un modo tan franco.

—Ninguna mujer llevaría todo esto por voluntad propia —dijo—. Y menos una jovencita como usted.

—No soy ninguna jovencita.

El hombre alzó las cejas.

—¿No? ¿Qué edad tiene entonces? ¿Treinta? ¿Cuarenta?

—Veintiséis.

Tristán sabía que estaba siendo irrespetuoso, pero se sentía incapaz de parar.

—¿Veintiséis? Es cierto que no es ninguna jovencita, al fin y al cabo.

La mujer terminó de secarse las lágrimas y entonces, por primera vez, lo miró directamente. Tenía la piel, que en otras circunstancias mostraría un aspecto de porcelana, mojada de lágrimas, y la naricilla de proporciones perfectas relucía con un color rojo vivo como si de un faro se tratara.

—¿Y qué edad tiene usted, señor? —le preguntó mordaz—. ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

La sorpresa de Tristán se tornó en una carcajada.

Ella no sonrió. Se limitó a observarlo con una expresión tan severa como la de una maestra de escuela.

Él sintió una punzada de remordimiento. Era una sensación nueva. Y muy desagradable, además.

—Treinta y dos —informó—. Soy casi un anciano. —Hizo una pausa antes de añadir, con un tono algo brusco—: Le ruego me disculpe si la he ofendido. Mi única excusa es que, en mi experiencia, la descortesía suele resultarle reconfortante a una mujer deshecha en lágrimas. Supongo que con usted tendré que buscar otro remedio.

—Por favor, no lo haga.

—¿Prefiere que me vaya?

—Sí. —Pareció que iba a decir algo más, pero una brisa ligera movió el papel arrugado que había a sus pies. Al recordar que estaba ahí, en el suelo, se puso pálida. Se acercó para recuperarlo, pero Tristán se le adelantó y lo tomó con la mano.

—¡No! —gritó ella.

—¿Qué es? —preguntó él mientras alisaba el papel—. ¿Una carta de amor?

La mujer alargó la mano para agarrarlo, pero lo apartó de su alcance.

—¡Devuélvame! —exigió—. ¡Es privado! ¡No tiene ningún derecho!

—Es probable —musitó el hombre. Sin embargo, al terminar de alisarlo se dio cuenta de que no se trataba de una carta de amor. Era un dibujo con la tinta emborronada y unas pocas líneas de texto que rezaban:

Mi amado habló y me dijo:

«Levántate, oh, amiga mía, hermosa mía, y ven.

*Porque he aquí que ha pasado el invierno,
se ha marchado, la lluvia se fue».*

Había más, pero resultaba ilegible. Parecía que se le hubiera caído encima el tintero, ocultando no solo el resto de las palabras, sino también parte del dibujo.

—Por favor, devuélvame lo —suplicó la mujer.

—¿Qué es esto? —preguntó él con curiosidad genuina—. ¿Está escribiendo un poema?

La figura esbelta de ella se tensó como reflejo de algo que bien podría ser indignación.

—¡Un poema! ¿Cómo puede decir eso? ¿Acaso no lo reconoce, señor?

Tristán se encogió de hombros.

—Mentiría si dijera que sí.

—Es el Cantar de los Cantares. De la Biblia.

—Ah, eso explica mi desconocimiento. —Frun-
ció el ceño mientras volvía a leer las palabras—.
«... Ha pasado el invierno, se ha marchado, la llu-
via se fue». —Alzó la vista para mirarla—. ¿Qué
decía el resto? Esta parte de aquí, donde se le derra-
mó la tinta.

—¡No se me derramó la tinta!

—¿No?

La mujer se secó una lágrima con el dorso de la
mano.

—La parte estropeada, esto de aquí, era un versícu-
lo anterior.

—Ah. Ya veo.

Le dirigió otra mirada llena de reproche. Estaba
claro que pensaba que tendría que conocerlo. Como
si él pudiera recitar un versículo de la Biblia con tanta

facilidad como la última balada de moda, con tanta facilidad como ella se lo recitó en ese momento:

*Ponme como un sello sobre tu corazón,
como una marca sobre tu brazo;
porque fuerte es como la muerte el amor.*

Una oleada de calor inexplicable le trepó por el cuello. La interrumpió antes de que pudiera pronunciar otra palabra.

—¿Eso es de la Biblia?

—Sí.

Tristán se aclaró la garganta.

—Pues es bastante...

—Es hermoso —sentenció ella.

Hermoso. Quizá lo fuera. ¿Qué sabía él sobre la Biblia? La había leído, claro. Era un caballero bien educado, al fin y al cabo. De buena cuna, además. Cuando era un muchacho, incluso asistía a la misa dominical con su padre y su hermano en el banco de su familia, en Hampshire. Recordaba bien las horas que pasó allí fingiendo un interés solícito hacia los himnos vacíos y monótonos, y los sermones largos y tediosos.

Pero había pasado toda una vida desde aquello. En los últimos años, nadie había cometido la

temeridad de enunciar ante él salmos ni versículos. Ninguno de sus allegados lo hubiera intentado, la mayoría de ellos estaban tan sumidos en la depravación como él mismo.

—¿Para quién es? —preguntó—. ¿Para algún pretendiente?

La mujer se abalanzó sobre él y, antes de que Tristán pudiera alejarlo de su alcance, le arrancó el papel de la mano y se lo apretó, a salvo, contra el pecho.

—¿Cómo se atreve? —La voz queda de la mujer estaba cargada de indignación—. Va a ser un libro de versículos. Un libro de versículos ilustrado. No es para «algún pretendiente».

Y entonces comenzó a llorar de nuevo.

Tristán notó una opresión extraña en el pecho.

—Querida, ¿por qué diantres llora? ¿Alguno de los sirvientes de lady Fairford la ha besado a la fuerza? ¿O fue el propio lord Fairford? —El simple pensamiento le provocó una ira inexplicable—. Maldición. ¿Nadie le advirtió de que aquí tenía que tener cuidado?

Se limpió las lágrimas que le quedaban con el pañuelo empapado.

—Sí. Lady Brightwell me dijo que tuviera cuidado de no quedarme nunca a solas con ninguno de

los caballeros de la fiesta. Pero... no ha sido ninguno de ellos quien me ha disgustado, así que...

Tristán hizo una mueca.

—¿Ha sido una de las mujeres, entonces?

—Sí. La hija de lady Brightwell. Felicity.

—¡Por todos los diablos!

La mujer ahogó un grito ante aquella expresión.

—¡Señor!

Tristán no mostró arrepentimiento.

—¿Me está diciendo que la señorita Brightwell...? —Se pasó una mano por el cabello negro y desaliñado. ¡La sola idea...! Sabía que Felicity Brightwell era atrevida y algo rebelde, pero jamás se le habría ocurrido que sus gustos se inclinaran hacia las mujeres. De hecho, ni siquiera había supuesto que la señorita Brightwell estuviese ahí. Era una joven de veintiún años y aún buscaba marido..., o eso lo habían inclinado a creer.

—Por el amor de Dios, ¿qué le ha hecho?

La mujer negó con la cabeza.

—Ya he dicho demasiado.

—Apenas ha dicho nada. —Hizo una pausa para mirarla—. ¿Y por qué no? ¿Teme que vaya a traicionar su confianza? Le aseguro que ni lady Brightwell ni su hija son amigas mías. Y, aunque lo fueran, sus secretos estarían a salvo conmigo.

—Ni siquiera debería estar aquí sentada con usted.

—Usted no está sentada conmigo. Yo estoy sentado con usted.

Ella lo miró con una expresión severa y de lo más remilgada. Tristán se dio cuenta de pronto de lo mucho que se asemejaba a una monja joven y hermosa. Se preguntó si también besaría como una monja.

—No importa quién se siente con quién —repuso ella—. No nos han presentado formalmente. Ni siquiera sé quién es usted.

Aquello suponía un giro muy extraño de los acontecimientos. Si lady Brightwell había advertido a su nueva dama de compañía sobre libertinos, canallas y viles seductores, sin duda su nombre estaría al principio de la lista. Pero, incluso si no lo estaba, ¿qué mujer de Inglaterra no había oído hablar del infame vizconde de St. Ashton? Aunque era cierto que en aquel momento no debía de parecer un vizconde.

—Tristán Sinclair —se presentó con brusquedad. Esperó a su reacción, pero su rostro no mostró ni un ápice de reconocimiento. Sin duda, lo habría identificado si hubiera añadido su título. Y justo por eso no lo había hecho.

—¿Y su nombre?

—Valentine March.

Tristán sintió otra sacudida incómoda dentro de sí. Dios sabía que aquel nombre encajaba con ella.

—Nunca había conocido a una mujer que se llamara Valentine.

La señorita March se sonrojó un poco.

—Sí..., bueno..., mi madre pensaba que sería un chico, ¿sabe usted? Solo escogió un nombre, en honor a san Valentín. Y, como murió, mi padre no fue capaz de llamarme de otro modo.

—¿Su madre murió al dar a luz?

Se ruborizó aún más.

—Sí.

Tristán asintió.

—La mía también. Falleció poco después de traer a mi hermano menor al mundo.

¡Pero bueno! Él nunca mencionaba a su madre. Ni ante su familia, ni ante sus amigos. Ante nadie. Su muerte no era ningún secreto, claro, pero la sola idea de hablar de ella con una desconocida... ¿Qué diantres le ocurría?

—Bien, señorita March —continuó—. Ahora que nos hemos presentado, ya puede contarme todo lo que le preocupa.

Ella miró el papel manchado de tinta con una arruga de aflicción marcada sobre la superficie suave de la frente.

—¿Cuánto hace que trabaja para lady Brightwell? —preguntó él—. No puede ser más de un año, puesto que la temporada pasada tenía otra dama de compañía. Y apuesto a que llevaba el mismo vestido y anteojos.

—Dos meses.

—¿Por qué?

La mujer parpadeó al mirarlo.

—¿Disculpe?

—¿No pudo encontrar un puesto con alguien respetable?

—Tenía entendido que lady Brightwell era respetable. Me recomendó la señora Pilcher, la esposa del hacendado de nuestro pueblo. Ella y lady Brightwell son amigas, y la señora Pilcher le prometió a mi padre que... que cuando él ya no estuviera... se aseguraría de que yo me encontrase bien atendida.

—Su padre también está muerto.

No era una pregunta, pero ella respondió. La voz le temblaba.

—Sí. Murió el año pasado. Se resfrió durante una visita a sus feligreses y, aunque lo intenté, no fui capaz de sanarlo.

Tristán frunció el ceño. Por todos los diablos, era hija de un vicario. Por eso parecía una monja beata.

—Y este es su primer trabajo. La primera vez que se emplea como dama de compañía.

Asintió.

—¿Y por qué emplearse? ¿Por qué no casarse? Sin duda, debía de haber unos cuantos hombres en su pueblo deseosos de obtener su mano.

Bajó la mirada hacia el pañuelo arrugado que tenía en la mano.

—No había nadie —negó en voz muy baja.

Tristán tenía la sensación de que no estaba siendo del todo sincera, pero no la presionó.

—¿Y tampoco tenía familia?

Dudó una fracción de segundo antes de volver a decir:

—No había nadie.

—Así que comenzó a trabajar como dama de compañía de lady Hortensia Brightwell. Es una pena que usted y yo no nos conociéramos por aquel entonces. La habría advertido. Lady Brightwell solo asiste a las fiestas más atrevidas, ¿sabe? El tipo de fiestas con orgías de borrachos y señores lascivos que se cuelean en dormitorios al azar en mitad de la noche.

El rostro de la señorita March perdió todo el color.

—Y, si cree que ese disfraz espantoso protegerá su virtud, está muy equivocada. Muchos de los caballeros presentes interpretarán los anteojos y el vestido demasiado holgado como un desafío. —Tristán hizo una pausa, se preguntó por un instante si él sería uno de ellos—. Espero que cierre con llave la puerta de su dormitorio, señorita March.

—Hemos llegado esta misma mañana. Pero echaré la llave esta noche, señor. L-le agradezco la advertencia.

Se sintió un auténtico imbécil.

—Recuerde hacerlo. Y manténgase alejada de la hija de lady Brightwell. Si vuelve a intentar algo indecente...

—¿Algo indecente? —Alzó las cejas en señal de alarma.

—Tocarla.

—Oh, no me tocó, señor Sinclair. Habría preferido que lo hiciera. Un moratón se cura, pero lo que les hizo a mis dibujos... —Los ojos grises resplandecieron con lágrimas aún sin derramar—. Eso no puede arreglarse. Los ha arruinado.

—Sus dibujos —repitió él. Y entonces comprendió. ¡Maldita fuera su mente depravada! Felicity

Brightwell no había forzado a ninguna atención indecente a la dama de compañía de su madre. Había estado acosándola y atormentándola, haciéndole la vida espantosa. Cómo no iba a hacerlo, si incluso con un vestido descolorido y unos anteojos demasiado grandes Valentine March la eclipsaba.

—¿Puedo? —Alargó la mano hacia el papel que ella sujetaba con tanta resolución contra el pecho. La mujer se relajó y aflojó la mano, y no puso objeciones cuando él lo tomó de entre los dedos. Tristán lo observó durante un instante, barriendo con la mirada el texto apenas legible.

*«Levántate, oh, amiga mía, hermosa mía, y ven.
Porque he aquí que ha pasado el invierno,
se ha marchado, la lluvia se fue».*

Por algún motivo que no pudo explicarse, Tristán sintió que un nudo comenzaba a formársele en la garganta.

—No está estropeado del todo —dijo con voz ronca—. Aún se puede...

—¡Oh, no lo entiende! —protestó la señorita March—. Este es el único que pude rescatar. Los demás están cubiertos de tinta. Se la echó por

encima y después se rio. —Se cubrió el rostro con las manos.

—Qué jovencita tan desagradable. —Tristán hizo una mueca. ¿Aquello era lo único que se le ocurría? ¿Dónde estaba su voz melosa?, ¿sus palabras cariñosas?, ¿aquella famosa cortesía de St. Ashton?—. Entiendo que apreciaba mucho esos dibujos.

—Más que nada en el mundo. Son lo único que me queda de mi... —Se interrumpió—. ¡Oh, ya no importa! Ya nada importa.

—¿No puede volver a empezar? ¿Dibujarlos de nuevo?

La señorita March lo miró con ojos lúgubres y desesperados.

—No. Algunos de los dibujos... no los hice yo, ¿sabe? Yo solo copiaba los versículos. Y ahora... —No terminó. En vez de eso, le quitó el papel y volvió a apretárselo contra el pecho—. No puedo volver a empezar. Yo sola no puedo. Además, ¿para qué? Volvería a estropeármelos. De hecho, dijo que la próxima vez que me pillara garabateando arrojaría mi trabajo al fuego.

Tristán no sabía que responder a eso. ¿Qué podía decir él? La mujer era una dama de compañía empobrecida. También era la hija de un vicario.

Aunque fuera capaz de utilizar su encanto característico, ¿de qué serviría con alguien como ella?

—Quizá —repuso por fin— la señorita Brightwell se case pronto.

La señorita March tiritó.

—Sin duda alguna, pero ¿qué...?

—Está temblando —la interrumpió Tristán. Se le ensombreció la expresión—. Y no me extraña. Fuera en noviembre sin sombrero, guantes ni capa. ¿No tiene ningún respeto por el tiempo que hace en Yorkshire? —Comenzó a quitarse su propio abrigo—. Que esta hacienda esté algo resguardada no implica que no pueda enfermar con un resfriado del demonio. Por si no se había dado cuenta, lleva lloviendo tres días seguidos.

La señorita March lo observaba con ojos como platos mientras él se despojaba de la prenda.

—Salí de la casa deprisa y corriendo, sin tiempo de ponerme unos guantes, ni un sombrero, ni... ¡Oh! —Se apartó de él—. ¿Qué hace?

Tristán se detuvo con el abrigo abierto entre las manos, listo para envolverla en él.

—Le presto mi abrigo, no sea tonta.

Ella inspiró fuerte, dudando, pero no puso más objeciones mientras se lo colocaba sobre los hombros.

—Gracias —dijo—. Está muy calentito.

Tristán se apartó.

—Es de suponer. Lo he llevado puesto la mayor parte de la mañana.

Aquellas palabras provocaron que la señorita March se ruborizara con fuerza.

En otro momento, en otro lugar, el hombre quizá se hubiera reído. ¿Una mujer tan inocente que se ruborizaba con solo pensar en el calor corporal de un hombre? Era divertido, sin duda. No obstante, mientras contemplaba a Valentine March envuelta por completo entre los pliegues de su abrigo estilo capa no se encontraba muy risueño. En vez de eso, sintió una dolorosa oleada de ternura. Le resultó tan desconcertante que casi maldijo en voz alta.

—¿Qué más da si la señorita Brightwell se casa?
—preguntó la mujer.

Tristán se frotó un lado del rostro en un esfuerzo por reunir sus pensamientos dispersos. Notó en la mano el roce de una barba incipiente e irregular. Le había ordenado a su ayuda de cámara, Higgins, que se adelantara con el carruaje, y por eso aquella mañana, en la posada, se había visto obligado a afeitarse él mismo. Y, la verdad, lo había hecho muy mal.

—Cuando se case, se marchará a la casa de su marido. Entonces la verá menos; en escasas ocasiones, me imagino.

—Sí que está buscando marido —admitió la señorita March—. Por eso hemos venido a esta fiesta.

Los labios de Tristán esbozaron una sonrisa sardónica.

—Si eso es cierto, lady Brightwell no es tan buena casamentera como yo pensaba.

—¿Por qué lo dice?

—En las fiestas de lord y lady Fairford no hay ningún caballero candidato al matrimonio. Solo invitan a los de su calaña: jugadores habituales, degenerados, viciosos. Los posos disolutos de la sociedad de los buenos modales.

—Eso no puede ser cierto, lady Brightwell dijo de modo expreso que había traído a la señorita Brightwell aquí por su interés en un caballero en particular. Parece que se le considera un gran partido.

Tristán ya la estaba observando, pero, ante aquellas palabras, la miró con aún más fijeza.

—¿Y quién será ese pobre desgraciado? ¿Mencionó lady Brightwell su nombre?

—El vizconde de St. Ashton. —La mujer lo miró—. ¿Se trata de uno de esos caballeros que ha mencionado? De los libertinos y depravados.

Tristán rio sin ganas. Fue un sonido bronco y amargo, aguzado con algo muy similar a la ira.

—Mi querida señorita March, el vizconde de St. Ashton es el más libertino y depravado de todos.